

EDUCAR EN LA FELICIDAD

Por. Joselín Acosta Gutiérrez¹

*La pobreza y la impotencia de la imaginación
nunca se manifiestan de una manera tan clara
como cuando se trata de imaginar
la felicidad.*

(Estanislao Zuleta)

Presentación

El texto que a continuación se presenta no teme ser parcial, borroso ni ambiguo como seguramente lo es la búsqueda misma de felicidad. Juega con tentativas, con imágenes abiertas y tiempos narrativos cuya circularidad nos recuerda esa extraña ave del Manual de zoología fantástica², que avanza orientando su vuelo hacia atrás, situación que en algún momento pueda resultar provechosa en el trasegar que supone esta tarea, pues como pensaba (Savater, 1986) “la felicidad brilla donde yo no estoy, o aún no estoy o ya no estoy” (pág. 10).

Sin esforzar el análisis a un minucioso recorrido histórico o a distinciones conceptuales, el autor se vale de un *género de sombras* como intento por rodear esta huidiza categoría. Se apuesta entonces por el ensayo, por aquel que (Mélích, 2002) dice, “vive de la fragilidad, en el fragmento, en el aforismo, en la vulnerabilidad, en el instante, en la singularidad”(pág. 12). Se encontrará el lector entonces, con asuntos fronterizos entre la filosofía, las artes, las ciencias y las pedagogías, alrededor de un interés común: abrir

¹ Docente.

²El ave referida por Borges es el goofus bird, de ella cuentan sobre su vuelo hacia atrás atribuido a su desinterés de saber a dónde va y orientarse más en conocer de dónde viene. Es, si se quiere, un volar tanteando la memoria.

horizontes de indagaciones frente a la relación *escuela y felicidad*. Ocupación que fuerza a avanzar de modo abyecto a través de geografías hechas de formas evanescentes, siempre en despedida.

Una idea central se extiende en el texto: *educar en la felicidad* es educar al hombre poéticamente, sin renuncia a la frustración ni el desencanto, orientado hacia el deseo y con la capacidad de la espera.

El lector encontrará un juego de oscilares entre opuestos de cara a las cuestiones de una educación para la felicidad: *utopía, desencanto, deseo y espera*.

OSCILARES

Utopía

*La imaginación al poder.
Prohibido prohibir.
Seamos realistas, pidamos lo imposible.*

(Manifiesto del 68)

Denunciaba el ensayista (Ospina, 2006) la decadencia de los dragones en estos tiempos. El albor de ciertas formas de fantasía por las arremetidas de la razón y una creciente imposibilidad humana de ejercer, lo que Borges llamaba una *imaginación irresponsable*, donde era ritual desear el cumplimiento de profecías, el regreso de dioses (que aún lloramos) y la creación conjunta de nuestros sueños:

Las grandes mitologías fueron fruto de la sensibilidad unánime de los pueblos, y también lo fueron las más ilustres formas de fantasía. Dioses, monstruos, prodigios y criaturas fantásticas, corresponden a creencias colectivas, y suponen un acuerdo profundo entre los miembros de una comunidad (pág.201).

El triunfo del individualismo moderno junto con la preponderancia dada a una razón omniabarcante sobre otras formas de conocimiento en la escuela, han hecho no sólo que los dragones estén en decadencia sino, además, las expresiones más profundas de la sensibilidad humana. En poco, si tiene lugar la *crisis silenciosa* en educación que acusa (Nussbaum, Sin fines de lucro, 2010) prosperarán *organizaciones sin alma* conformadas por una élite de *máquinas utilitaristas* ocupadas en aprender sólo aquellos conocimientos rentables, de modo acrítico, exacerbando el consumo de información y, si se quiere, de la propia existencia³.

La escuela tendrá que aprender a ocuparse de sus dragones decadentes, incentivar nuevos rituales y narrativas logradas en el tejido de lo simbólico; mitologías y las formas más ilustres de fantasía para mantener viva la sensibilidad, la creación y el compromiso por los sueños propios y ajenos (Freire, 2004) sabía esto:

Es que trabajo con personas por eso mismo, a pesar del discurso ideológico negador de los sueños y de las utopías, trabajo con los sueños, con las esperanzas, tímidas a veces, pero a veces fuertes, de los educandos. Si no puedo, por un lado, estimular los sueños imposibles, tampoco debo, por el otro, negar a quien sueña el derecho de soñar (pág. 65).

³ Al respecto Nussbaum refiere: “Sedientos de dinero, los estados nacionales y sus sistemas de educación están descartando sin advertirlo ciertas aptitudes que son necesarias para mantener viva a la democracia. Si esta tendencia se prolonga, las naciones de todo el mundo en breve producirán generaciones enteras de máquinas utilitarias, en lugar de ciudadanos cabales con la capacidad de pensar por sí mismos, poseer una mirada crítica sobre las tradiciones y comprender la importancia de los logros y los sufrimientos ajenos”(pág. 20).

Una *educación para la felicidad* adquiere un compromiso ético con la utopía. Con la provocación que traen los mundos que en su expansión acogen el misterio como llegada y partida al mismo tiempo. Que reclaman seres en acontecimientos, preñados de ineditud, esperando que algo sin cometer aparezca y entonces aunque se ignore su belleza y su imperfección, aún así demandamos que ocurra

De tiempo atrás los seres humanos juzgaron la utopía (lugar que no existe) como horizonte de posibilidad, de invención, cambio y realización. Desde Platón que imaginó una ciudad gobernada por un filósofo y sin poetas, hasta la alemana Heidemarie Schwermer, quien dispuso vivir voluntariamente sin dinero desde hace 16 años, muchos más se han esforzado para hacer que lo inexistente pueda rodearse de condiciones para su efectucción.

La torpeza de una lógica de lo visible e invariable para explicar el mundo en su totalidad, ha sido desenmascarada por el progreso de un conocimiento más fronterizo⁴. La Utopía ha dejado de ser cuestión de interés sólo para los poetas, proscriptos y herejes. Salir a la pesquisa de universos paralelos, viajar en el tiempo, hacerse invisible o encontrar relaciones con lo infinitamente grande o pequeño, se constituye en objeto de fascinación de algunas ciencias en la actualidad.

(Kakú, 2009) un importante divulgador científico del presente siglo, cuenta en el prefacio de su obra que magia, fantasía y ciencia ficción constituyeron un gigantesco campo de juego en sus descubrimientos a partir de una amorosa y perdurable relación con

⁴ Al respecto puede revisarse Prigogine, I. (1998). *¿El fin de la Ciencia?* En D. F. Schnitman, Nuevos Paradigmas, Cultura y Subjetividad. Buenos Aires: Paidós. Prigogine, I. (1997). *El fin de las certidumbres*. Madrid: Taurus. Prigogine, I. y Stengers, I. (1990). *Entre el tiempo y la eternidad*. Madrid: Alianza Editorial. Prigogine, I. y Stengers, I. (2002). *La nueva alianza. Metaformosis de la Ciencia*. Madrid: Alianza. Wallerstein, I. (2004). *Las incertidumbres del saber*. Barcelona: Gedisa. Watts, D. (2006). *Seis Grados de Separación. La Ciencia de las Redes en la Era del Acceso*. Barcelona: Paidós.

lo imposible. (Burbano, 2010) presenta a Eduardo Kac quien crea seres imposibles a partir de arquitecturas transgénicas y viajes al reino de las ecologías híbridas. Allí, una coneja llamada Alba lleva luz verde en su cuerpo, mientras un plantimal llamado Edunia, de pétalos rosa claro, luce un delicado cableado de venas rojas por donde se mueven fragmentos de ADN de su creador.

Deviene en el horizonte, un intercambio de existencias poetizadas por *lo posible* que empuja el ingenio humano a erigir mundos y conocimientos de otra manera (Escobar, 2009). Oficio que reclama el uso de una rebeldía competente que impida la resignación y el abandono de la humanidad en los brazos de la muerte. De la Utopía, aprendemos a no rendirnos a las cosas tal como son y luchar por las cosas tal como debieran ser, sin importar que así ocurra y sin la seguridad de estar cerca si llegara acaso a suceder. Tal vez nuestras propias luchas basten para llenar el corazón y entonces, sólo entonces, escribiremos en el mismo renglón con (Camus, 1985) que Sísifo debió ser feliz.

Pero, como dice (Magris, 2001) “las utopías son una levadura, que por sí sola no basta para hacer pan, contrariamente a lo que han creído muchos ideólogos, pero sin la cual no se hace un buen pan” (pág. 9). Sentencia que frente a una educación para la felicidad, no debe desestimarse.

Desencanto

*El desencanto es una forma irónica,
melancólica y aguerrida de la esperanza*

(Magris)

La utopía es inseparable del desencanto, como lo es la felicidad de la tristeza. Casi 100 años después, las palabras de Almustafá⁵ el elegido y bien amado clarividente de Orfalese, retornan desde el pensamiento de (Gibrán, 1997) para dar voces por las calles de nuestras ciudades anunciando que “Vuestra alegría es vuestro dolor sin máscara. Y la misma fuente de donde brota vuestra risa fue muchas veces llenada con vuestras lágrimas” (pág. 7).

Educar para la felicidad no impide formarnos en el dolor, la extenuación y el hastío. De no ser así, se corre el riesgo de fundar países de Cucaña, como los descritos por (Zuleta, 2005) donde se busca “Una vida sin riesgos, sin lucha, sin búsqueda de superación y sin muerte. Y, por lo tanto, también sin carencias y sin deseo...” (pág. 1). Hay en esto una clave de carácter existencial que le debemos a (Magris, 2001) “Utopía y desencanto, antes que contraponerse, tienen que sostenerse y corregirse recíprocamente” (pág. 10) como un mecer de distancias justas, entre el dolor y la alegría, la separación y el encuentro.

Aquí, el maestro a la manera de Rama, hijo del viento, debe aprender a escoger el momento oportuno para cada asunto. Sin demasiada extrañeza por su propio dolor o el de otros, sin la angustia porque la debilidad, la lentitud y la ignorancia hagan presencia

⁵ Gibrán K (1997) *El profeta*. Madrid: editorial Alba

inquietante entre sus estudiantes. Desde luego, sin renunciar a la esperanza de inventar cada segundo de un tiempo mejor. Esperanza que “no nace de una visión del mundo tranquilizadora y optimista, sino de la laceración de la existencia vivida y padecida sin velos, que crea una irreprimible necesidad de rescate” Magris (2001, pág.9) y, si se quiere, de pérdida voluntaria de lo amado.

Educar en la felicidad es familiarizarse afectivamente con la pérdida, el error y el fracaso de la misma manera que con el éxito. Se requiere, disponer de suficiente sensibilidad y arrojo para des-ocultar la belleza detrás de nuestros monstruos y de lo superfluo, pues a semejanza de un avanzar que hace pereza, la evolución humana se detiene y aprende de su propia vejez y de sus más inusuales mutaciones.

En un bello texto de intimidad creativa Parra J. (1997) redime en sus líneas personajes como tata la abuela, un niño guajiro y un hombre sentado en el lado oscuro de la luna. Ellos inventan lo humano sobre el borde telúrico de la locura, la precariedad y el ahogo. Asisten a su invención, a un llamado del esfuerzo de la vida para no acostumbrarse a la muerte acogiendo la torpeza como asunto itinerante de la evolución:

Hemos evolucionado gracias a la debilidad y a la conmiseración. La debilidad natural de ser más bajitos y de saber menos, como los niños frente a sus padres o a sus profesores. La debilidad humana de no saber, la debilidad humana de llorar por el abandono. ... la conmiseración de tomar una pequeña mano entre la nuestra, y con la hermosa estética del amor pedagógico ayudar a dibujar una “O” (pág. 117).

Y es que la perfección, se convierte en tragedia como lo enseñó el maestro Hoyos⁶ en sus últimas lecciones antes de su ausencia, y como tuvo que aprenderlo don Avito Carrascal⁷ el profesor Grundy⁸ o el juez alemán Schreber⁹ quienes soñaron, en su momento, que en fabricar genios, renunciar a lo irreal o lograr la obediencia total de las personas se encontraría el *humus* para echar a mover el motor de un mundo mejor.

Una pedagogía de la utopía sin vacilación es tarea en los actuales tiempos traspasados por los enclaves de desesperanzas aprendidas¹⁰ y de contagio inevitable. No obstante, a riesgo de convertirnos en piedra o sal, es necesario mirar por encima del hombro en dirección de un pasado que advierte sin titubear que ninguna utopía, ni siquiera la del edén, es perfecta. Que Moisés caminó a sabiendas de que no entraría en la tierra prometida, que Sísifo seguirá su absurda tarea y que Godot tardará mucho más.

Utopía sin desencanto es tragedia como es la formación sin el error, el conocimiento sin la ignorancia. Pues sin carencias, como decía Zuleta, no hay deseos, ni asombro que pueda irrumpir lo cotidiano. Hay, como dice Mélich, que aprender a esperar lo inesperado, lo imposible: es necesaria una pedagogía del deseo.

⁶ Conferencia “Educación y nuevo humanismo” disponible en internet: [/www.youtube.com/watch?v=jQPSExOzSjE](http://www.youtube.com/watch?v=jQPSExOzSjE). Consultado mayo de 2013.

⁷ Unamuno, Miguel (1952) *Amor y pedagogía*. Buenos Aires: editora Espasa-Calpe

⁸ Dickens, Charles.(2009) *Tiempos difíciles*. Madrid: Grupo Anaya S.A, 8ª edición por Fernando Galván.

⁹ Schatzman, Morton (2005) *El asesinato del alma. La persecución del niño en la familia autoritaria*. Buenos Aires: siglo XXI.

¹⁰ Para ampliar esto puede verse Parra Sandoval, R: *Ausencia de futuro: la juventud colombiana*, Bogotá, CEPAL, Plaza y Janés, 1985; *La escuela inconclusa*, Bogotá, Editorial Plaza y Janés, 1987; *La pedagogía de la desesperanza*, Bogotá, Plaza y Janés, 1988; *La escuela violenta*, Bogotá, Tercer Mundo- FES, 1992, con otros.; *La escuela vacía*, Bogotá Tercer Mundo-FES, 1994, con otros.

Deseo

*La poesía nos hace tocar lo impalpable y escuchar
la marea del silencio cubriendo un paisaje
devastado por el insomnio.*

(Octavio Paz)

El deseo es faltante que no se resuelve. Es distancia, algo muy parecido a la ausencia. Desde el andrógino platónico pasando por Lacan, el deseo es por definición un objeto perdido para siempre. Es herida que reclama su restauración hacia una estado primero que ha sido disuelto. Ya sea que se trate del destierro de un jardín inicial, o de la separación de las carnes por el artificio de un sueño. Procuramos así, ir por el mundo a la espera de ser completados por algo que nos fue arrancado desde antes y que ponderamos regresará en algún momento.

Dice (Onfray, 2008) que el deseo proviene de los astros, que tiene que ver con un dejar de contemplar la estrella, como indica su etimología (*de* y *sidere*) “Aquel que desea baja la mirada, renuncia a la vía láctea...”(pág. 50), se diría que aquél que desea *de-siste* del cielo y sus promesas para ocuparse de la tierra dada aunque para esto tenga que fingir que su mirar no se escapa a otros mundos.

Desear es un doble juego de correspondencias entre lo que pensamos nos ha sido entregado y lo que podemos llegar a alcanzar. Es la tarea de un ser humano ondulante, que se arraiga y desarraiga de su historia aún al punto de llegar a desobedecerla traicionando su memoria y subvirtiendo su destino aplazándolo.

Prestar interés en una pedagogía del deseo exige aprender algo de las distancias y de su sombra. Pues sin ellas, el deseo deviene en hastío. Enseñar desde esta perspectiva es aprender a concebir la separación justa entre lo que se dice y lo que se calla. Y ello exige cierta sensibilidad que nos obliga a no decirlo todo, a mostrar ocultando y ocultar mostrando a la manera de la lógica astuta de un mago. Entonces, aprender consistirá en tolerar los des-velos diurnos, pues el objeto que buscamos puede esconderse en cualquier lugar y adquirir la forma más inusual de la nostalgia.

Ejercitarnos en construir distancias vitales y apreciar la belleza de las formas que se ocultan, puede contribuir a esperar la felicidad de manera creativa, sin el terror que traen las cosas que tardan o no llegan. El deseo es la forma de una felicidad aplazada e indistinguible en su retorno.

Anuncia Lipovetsky (2007) que asistimos al nacimiento de una nueva modernidad, la *civilización del deseo*. Por su parte, McMahon (2006) descubre que la felicidad como invento naciente de la modernidad fue constituyéndose, no sólo en un ideal, sino además en un derecho. Mientras del deseo se ocuparon más las estrategias de mercadeo, la felicidad encontró su asentamiento en movimientos estatales, sociales y comunitarios que tramitaban la *construcción de mundos felices* y donde *caras sonrientes* daban la bienvenida a los inquietos paseantes que, en poco llegaron, con sus tristezas y algo más de equipaje.

Frente a esta encrucijada del deseo exacerbado por el mercado y repudiado, en muchos casos por la escuela, la *pedagogía del deseo* tendrá que abrirse un camino de mayor *responsa-habilidad*, para superar las visiones de un cinismo hedonista que produce, como se dijo líneas atrás, *maquinas utilitaristas* y *organizaciones sin alma*. Educar en el deseo es

comprender además, que lo faltante e irresoluble de la vida no impide que construyamos una nueva arca de Noé que tal vez se hunda antes de ser terminada.

Una cosa más. Toda pedagogía del deseo reclama una pedagogía de la espera, pues no siempre las cosas llegan cuando creemos. Hay que aprender a esperar, dice Mélich, (2002), por lo que,

educar en la esperanza quiere decir enseñar que el deseo nunca se cumple del todo y que, a pesar de esto, o quizá por esto, vale la pena continuar deseando. Educar el deseo no quiere decir enseñar que deseos son buenos o malos, sino ayudar a mantenerlos vivos (pág. 155).

Espera

Aprendamos a esperar siempre sin esperanza

(Maurice Maeterlinck)

La fila es larga. Dos ancianos se aproximan al cajero con la lentitud que sólo los años pueden regalar. Vacilan en encontrar su tarjeta y al parecer no están seguros del número de la clave, se detienen un rato y compasivamente miran a quienes esperan en la fila. Parecen no lograr comprender la angustia de sus rostros.

Desde que los economistas clásicos como Smith, persuadieron a la humanidad que el tiempo era oro, vivimos contrariados aún con la lentitud de nuestra propia frecuencia cardíaca. Siendo ciudadanos de un siglo cuya mayor tiranía es la velocidad y la eficiencia, no es de extrañar sentirnos culpables cuando nos detenemos por un largo rato a descansar.

Reparar un reloj sin detener su marcha es la consigna de una élite de jóvenes que han sido instruidos en la rentabilidad del tic-tac donde no les es permitido atraso, espera ni postergación alguna.

(Bauman, *El arte de la vida*, 2008) aborda esta condición desde dos perspectivas distintas. Una como síndrome de la impaciencia y la otra como placer que nos permite la fuga. Dice este autor que en nuestros días toda dilación se ha transformado en un síntoma de inferioridad. Los poderosos nos hacen esperar afuera de sus oficinas en un ejercicio de poder que acentúa las diferencias. Ser superior a otros, hoy día, consiste en resolver en menor tiempo la distancia entre lo deseado y su satisfacción. Los mejores computadores tardan poco en dar respuestas al usuario, un buen servicio se mide por la rapidez con que se ofrece.

Nota además, que cada vez hay más niños norteamericanos que consideran agobiante comer una manzana “demasiado trabajo arduo para las mandíbulas y los dientes y, además, una inversión de tiempo excesiva para la cantidad de placer obtenida” (pág.14). Otros, que “prefieren beber cerveza directamente de la botella para escapar al tedio que produce verterla en el vaso” (pág. 20). Las comidas rápidas y los deportes de velocidad continúan como epicentros de culturas atravesadas por la celeridad, la gratificación inmediata y la angustia de no lograr embarcarse en algún desafío los fines de semana.

De otra parte y contrario a lo que se esperaba, este autor apoyándose en un estudio de Potter, en salas de espera, encontró que permanecer allí era un placer. “El hecho de esperar parecía haberse convertido en un lujo, una ventana en nuestras vidas sujeta a horarios apretados. En nuestra cultura del *ahora* de BlackBerrys, ordenadores portátiles y

teléfonos móviles, *los esperantes* veían la sala de espera como una especie de refugio” (pág. 17). Salas de hospitales, de belleza, de velación, de aeropuertos o de embajadas, con el tiempo serán de los pocos lugares donde esperar no generará autocensura y pueda allí, acaso, lograrse un tiempo distinto del pensar conversacional.

Educar para la felicidad reivindica aprender a esperar, a contemplar la quietud sin culpa y comprender así la vieja sentencia oriental que dice del sabio, que nada hace y al final de la tarde, nada queda sin hacerse. O, de no estar conforme con ello, se podría correr un poco más de prisa que Alicia (la niña del cuento), para terminar llegando siempre al mismo lugar de donde salimos. Deseo y espera como velocidad y lentitud, en un perpetuo romance dicen a la escuela que la vida tal vez no consista en encontrar la felicidad, sino en buscar y esperar a que aparezca.

REFERENCIAS

Bauman, Z . (2008). *El arte de la vida*. Barcelona: Paidós.

----- (2007). *Los retos de la educación en la modernidad líquida*. Argentina: Gedisa

Bloch, E. (1965). "El hombre del realismo utópico", conferencia pronunciada en el Instituto Alemán de Bruselas en marzo de 1965. Publicada en el libro "En favor de Bloch", ed.Taurus

Boaventura, S. (2009). *Una epistemología del sur*. La reinención del conocimiento y la emancipación social. México: CLACSO

Burbano, Andrés. (2010). Eduardo Kac. *El creador de seres imposibles*. Manizales: editorial Universidad de Caldas.

- Camus, A. (1985). *El mito de Sísifo*. Madrid: Alianza editores.
- Dickens, Charles. (2009). *Tiempos difíciles*. Madrid: Grupo Anaya S.A, 8ª edición por Fernando Galván.
- Egan, Kieran. (1994). *Fantasía e imaginación: su poder en la enseñanza*. Madrid, Morata;
- François, Jacob. (2005). *El juego de lo posible*. México: Fondo de cultura económica.
- Freire, Paulo. (2004). *Pedagogía de la autonomía*. Sao Paulo: Paz e terra S.A.
- Gibrán, K. (1997). *El profeta*. Madrid: editorial Alba.
- Gilles, L. (2007). *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad de hiperconsumo*. Barcelona: Anagrama.
- Hoyos, G. y otros. (2007). *Borradores para una filosofía de la educación*. pág 53. Bogotá: Siglo de Hombres Editores.
- Janer, G. Manila. (1989). *Pedagogía de la imaginación poética*. Barcelona: Aliorna.
- Jiménez, Carlos Alberto, (1995). *Fantasías y Risas*. Pereira: Gráficas Olímpica.
- Kakú, Michio. (2009). *Física de lo imposible*. Barcelona: editorial Debate.
- Krisnamurti, Jiddu (1196). *Pedagogía de la libertad*. Barcelona. Integral.
- Magris, C. (2001). *Utopía y desencanto. Historias, esperanzas e ilusiones de la modernidad*. Barcelona: Anagrama.
- McMahon, D. (2006). *Una historia de la felicidad*. Madrid: Taurus.
- Nussbaum, M. (2010). *Sin fines de lucro*. Buenos Aires: Katz editores.
- (1995). *Justicia poética. La imaginación literaria en la vida pública*. Chile: Andrés Bello.
- Onfray, M. (2008). *Teoría del cuerpo enamorado. Por una erótica solar*. Valencia: Pretextos.
- Ospina, W. (2006). *La decadencia de los dragones*. Bogotá: editorial Alfaguara.

Parra, J (1997). *Inspiración. Asuntos íntimos sobre creación y creadores*. Bogotá: Magisterio.

Ranciére , J. (2003). *El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual*. Barcelona: Ediciones Laerte S.A.

Schatzman, Morton. (2005). *El asesinato del alma. La persecución del niño en la familia autoritaria*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Trilla, J. (2002). *La aborrecida escuela. Junto a una pedagogía de la felicidad y otras cosas*. Barcelona: Laertes.

Unamuno, Miguel. (1952). *Amor y pedagogía*. Buenos Aires: editora Espasa-Calpe.

Vásquez, F. (2000). *Oficio de maestro*. Bogotá: Javergraf.

Zuleta, E. (2005). *Elogio a la dificultad y otros ensayos*. Bogotá: Editorial Hombre Nuevo.

